

puso ningún puñal en el pecho para que aceptara en el acto. ¿De quién sino de usted es la falta? Usted debió tomarla á beneficio de inventario. Claro es, que, el que acepta una herencia, la acepta en tanto cuanto es y vale en manos del testador.

¡Qué tall! Mira Eulalia, al ver aquel hombre calvo y con sotabarba, pequeño de cuerpo, enjuto de carnes, sepultado en una butaca, mirándome por encima de las gafas y con los ojos relucientes, con más de alimafia que de persona, puedes creerme que me dieron ganas de saltarle encima y retorcerle la nuez.

A los acreedores no he tenido otro remedio que decirles que no tengo un cuarto ni por dónde me venga, que por donde únicamente pudiera venirme es por aquí, y que he puesto dinero encima, que no sé cuando pagaré. Que hagan lo que quieran; que ellos son el cuchillo y yo soy la carne. Son dos padres de familia—uno de ellos compadre del hijo del notario—y se han hecho cargo y para abreviar, ellos mismos—mira qué espléndidos—han pagado algunos picos y una escritura, en que consta, que á fin de evitar litigios y reconociendo yo la bondad de sus derechos, les cedo la casa para que mancomunadamente se arregien y cobren.

Mira Eulalia; la primera vez te dió el corazón que me subirían el sueldo y me quedé en la calle; la segunda que echaría calva en la casa y

Rodrigo Figueroa y Torres, Marqués de Tovar.



PROYECTO DE MONUMENTO Á GUSTAVO A. BECQUER

Consideraciones y honores de segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid (1901).

á los dos años y medio me pusieron en mitad de lo corriente; al venir, te dió que tendríamos una renta de setenta y cinco duros mensuales: ahora va de veras, en el punto y hora en que te dé algo el corazón, soy yo el que se da en la nuca y acabo contigo. En el mundo no hay cosa más traidora que tu corazón.

Adiós, el lunes por la mañana llevo en el vapor Trafalgar. Hasta la vista y tuyo como siempre,

JULIÁN.

P. S. Ya sé prácticamente lo que es la luna de aquí.—J. »

Eulalia estaba hecha un mar y con rabia.  
—¡Ay! Señor, cuando pienso... vamos; si ya lo decía la pobre de mi madre: ¡Herencia! ¡Disgustos! Así reventará el tío y la casa del escribano. Hasta mi marido... ¡esto sólo me faltaba ya no me quiere. ¿Y qué culpa tengo yo, pobre de mí? ¿Qué quisiera yo para él? Pues no, yo he de hacer algo... ¡Ingrato! Como me oiga Dios, tú has de ver lo que es mi corazón. Animo.

Era vispera de Nochebuena y serían las cinco de la tarde.  
De vuelta Julián, llevaba ya dos ó tres días sin salir de casa.

—Ahora me dirás quién soy yo,—dijo entrando su mujer,—ahí tienes hombre, ahí tienes mi mala sombra, ahí tienes lo que me da el corazón: toma nueve mil pesetas para que luego digas.

Y echó la participación de un décimo sobre la mesa, añadiendo:  
—Toma hombre, toma lo que te da tu mujer; son seis reales bien empleados. Y esto me lo debes á mí... á mí que te quiero más que nunca.

Hubo compensación, lo que se llama compensación en las cosas humanas, que pecando aquélla unas veces por débil, otras por fuerte, nunca ó casi nunca lo es, pero así se la llama y la gente se entiende. Lo mejor es que con ella se mataron penas, se pagaron deudas... y cinco mil y pico de pesetas de beneficio.

¡Mercedo lo tenía!

F. CORREA

## LOS NÚMEROS PREMIADOS

DIME, Zoilo, ¿por qué no ponemos á la lotería?  
—¡Qué cosas tienes, mujer! ¿Te parece que quien, como yo, gana veinte duros al mes, puede, así como así, desprenderse de tres pesetas? Mejor empleadas estarían en la remonta de mis botas, cuyas suetas parece que quieren abandonarme.

—Pero es preciso tentar la suerte...

—¡La suerte! Ya sabes que siempre me es adversa.

Hace un año, cuando nos casamos, el dueño de la fábrica prometió que me ascendería. La casa parece que ha dado un bajón, y no ha podido cumplir su promesa. Hace seis meses, por las noches, me encargué de llevar la correspondencia de otra casa y ésta se fué al cielo, y con ella el pequeño sueldo que allí tenía asignado. ¿Qué más? Mi compañero de oficina y amigo Luciano pretende haber descubierto una máquina plegadora. Después de mil desvelos, yo he podido completar su invento. Pues ya ves, por faltarnos una cantidad mezquina, no podemos hacer formalmente el ensayo del aparato.

—Pues mira, Zoilo, yo había decidido... ¿Te lo diré?... Si me da vergüenza... mira, no te rías; un poco de trabajo me ha costado y muchas cavilaciones, pero he logrado hacer un ahorro.

—¡Un horror! Dirás un milagro.

—¡Lámalo como quieras. Ello es que yo tengo tres pesetas. Había pensado comprar un décimo. Mañana es el sorteo. Si tú quisieras...

—¿Cómo voy á quitarte ese gusto? De ningún modo.

—Pero la remonta de tus botas...

—No, no; el billete.

—No, las botas.

—Vaya, venga ese fortunón. Ahora mismo voy á comprar el décimo.

—Vamos los dos. Que sea á gusto de ambos.

\*\*

¡Qué júbilo al día siguiente! ¡Mil pesetas! Un capital. A cobrar á escape. Por supuesto, ¿en billetes? No, los billetes abultan poco. ¿En oro? Total, unas cuantas monedas... Tampoco. En plata, todo en plata. Doscientas piezas de á duro, unas sobre otras... ¡doscientas!... formarían, á buen seguro, una pirámide argentífera altísima... porque altísima tenía que resultar. ¿Llegaría al techo? ¡Quién sabe! ¡Estaba el techo tan bajo!

Verificóse inmediatamente el cobro. Ella y él cargaron con los cartuchos de plata. Apenas si por la calle se dirigieron la palabra. Privábase de ello la emoción producida por lo que atesoraban. Pusieronlo sobre la mesa del comedor, única mesa que formaba parte de su misérrimo ajuar; los duros superpuestos... ¡si no llegaban al techo! Aquella pirámide medía poco más de medio metro...

Bastante alta era para ellos. No habían tenido jamás otra mayor.

¡Qué día aquél! ¡Qué felicidad la del matrimonio. Saltaban, reían á carcajadas, bailaban, corrían de un lado á otro, como locos, por el reducidísimo pasillo de su pisito quinto que rentaba veinte pesetas mensuales...

Y hubo gran comida, vaya; jamón, un pollo, dulces, vino de Cariféna; banquete succulento al que, naturalmente, asistió Luciano.

Y Zoilo se compró botas, y Teresa un traje de lana y una mantilla de seis duros, y se renovó la ropa blanca, que buena falta hacía.

Y los ciento cincuenta duros que restaron de todos los gastos sirvieron para construir una plegadora completa que, al fin, fué ensayada del modo que Dios manda, dando el ensayo resultado excelente.

Zoilo y Teresa se creyeron los seres más felices del universo.

Ambos eran de la misma edad. Veinticinco años... y pobres.

\*\*

Luciano y Zoilo vendieron la propiedad de su invento y, como eran dos hombres aptos y activos, emplearon perfectamente la suma que tal venta les produjo; despidiéronse de la fábrica donde prestaban sus servicios y fundaron un modesto establecimiento.

Pronto los negocios fueron sucediéndose y nuestros probos industriales, algunos años más tarde, llegaron á obtener muy regulares beneficios. ¡Cuánta verdad es que el dinero llama al dinerol

Un día Teresa le dijo á su esposo:

—¿Quieres, Zoilo, que tomemos un décimo de la lotería?

—¿Un décimo? Me opongó.

—¡Bah! Una bagatela. ¿No quieres que gaste tres pesetas? ¿De cuándo acá te has vuelto tan roñoso? Tres pesetas... ¡si eso no es dinerol...

—Pues por eso. No quiero que compres un décimo. Toma un billete entero.

—Si nos sucediera lo que la otra vez... ¿Te acuerdas?

—¡Vaya si me acuerdol! ¡Cuánto gozamos al obtener el premio!

—¡Y cómo cambié nuestra suerte!

—Si ahora corriese lo mismo...

—Vamos, vamos á comprar el billete. Los dos juntitos como la otra vez. Y como la otra vez, también, lo pagaré yo, que, ahora, tengo economizado más que entonces, y sin tantas fatigas.

\*\*

El número salió premiado con diez mil pesetas.

¡Hermosa cantidad! Zoilo y Teresa estaban radiantes de alegría. Ellos mismos fueron á cobrar, no inmediatamente, pues no corría prisa, sino cuatro días después. ¿En plata ó en oro? No, dos mil duros ocupan mucho volumen y habría tenido que ir á recogerlos alguno de sus dependientes. Diez billetes, sólo ocupan un rinconcito de la cartera.

Por la calle, después del cobro, hablaron alegremente, que, aunque emocionados, no lo estaban tanto que enmudecieran, y en una joyería, en cuyo escaparate, tentadores brillantes, heridos por las luces de los mecheros, despedían vivísimas luces de fantásticos colores, dejaron más de la mitad de lo que acababan de adquirir.

También, como años antes, rieron mucho al llegar á su casa, piso primero de una lujosa morada que rentaba doscientas pesetas al mes. Ella, adoptando cierto aire de coquetería, le mostraba á él sus lindas orejitas adornadas con dos preciosas piedras y que brillaban con vívidos destellos; y él, fingiendo altiva petulancia, enseñábase á ella su dedo anular aprisionado por un magnífico solitario.

En conmemoración del suceso, celebróse un banquete de gala al que asistieron escogidos comensales, entre ellos, naturalmente, Luciano, que fué el encargado de confeccionar el *menú*, en el que no faltaron aves trufadas, platos suntuosos y vinos de las mejores marcas.

Hubo una nota sentimental después de la comida. Luciano dejaba de ser el socio comanditario de Zoilo. Separábase de él para establecerse en América. El modesto inventor de la plegadora no fué exigente al separarse de la casa, pues sólo quiso admitir, por la parte que tenía en ella, los mil duros restantes de la compra verificada en la joyería.

Zoilo quedó, pues, completamente dueño del negocio que explotaba.

Un mes después, Teresa se acostumbró á ver con indiferencia sus ricos pendientes; Zoilo no se daba cuenta de su sortija y ambos recordaban alguna que otra vez, y con cierta vaguedad, lo del número premiado.

Tenían entonces cuarenta años y eran ricos.

\*\*

Zoilo prosperó mucho en su negocio y se retiró de él.

Tenía verdadera ambición. La Bolsa y la Banca le atrajeron. Con especialísimo tacto logró aumentar más y más su capital, y un día, aquel que mucho antes fué modesto empleado, tuvo muchos á sus órdenes.

La fortuna le sonreía. Había logrado tentar la suerte y ésta había sido asequible. ¡Quién se lo dijera años atrás, cuando él consideraba esto imposible.

De año en año aumentaba sus rentas.

Un día, Teresa entró en el despacho de su esposo.

—Deseo una cosa—le dijo.

—Como si lo viera; una nueva *rivière*, ó un tronco de alazanes negros como cuervos, ú otro hotelito en Spá. ¿No es eso, querida?

—Pues no, señor. Te has equivocado en todo. Deseo algo más sencillo que todo eso.

—¿Qué será ello?

—Una tontería. Que pongamos á la lotería.

—Puedes jugar. ¿Quién te lo impide? ¿No lo haces cuando quieres?

—Sí, pero mi deseo sería que los dos eligiésemos el número, como lo hacíamos antaño. ¿Te acuerdas?

—¿Pues no he de acordarme?

—¿Te acuerdas mucho? ¿Mucho?

—Qué tontería. Mucho, no, la verdad; mujer, me hablas de unas antiguallas...

—Mira, compláceme. Vamos los dos á comprar el billete, conforme lo hacíamos en otros tiempos. Quiero que también esta vez el número sea de tu gusto y del mío. Pronto se verificará el sorteo de Nochebuena, ya ves, el sorteo más célebre del año. Acompáñame. ¿Vamos?

—Pero si estoy tan ocupado...

—¿Qué importa? Es cuestión de diez minutos. El coche está enganchado.

—Vamos, pues.

\*\*

Llegaron á la administración de loterías. Un billete entero: cien duros. Zoilo quiso pagarlo. ¡Qué descuido! Había salido sin la cartera.

—No importa—dijo Teresa.—Precisamente llevo yo encima un billete de quinientas pesetas, que es lo que me ha importado de menos la cuenta de la modista, á quien hoy he pagado.

\*\*

Tres días después se verificó el sorteo. El número elegido por Zoilo y Teresa había alcanzado el premio mayor.

¡Tres millones de pesetas!

Teresa, muy contenta, presentó á su esposo la lista grande.

Celebróse tan fausto acontecimiento y la flor y nata de los personajes de la capital honró el palacio del afortunado matrimonio, asistiendo á un magnífico té.

Un mes después, Zoilo llamó á su administrador y, haciéndole entrega, con otros documentos, del billete premiado:

—Tome usted,—le dijo—y vaya el día que bien le parezca á cobrar eso.

—¿Cuánto es?

—Tres millones de pesetas.

Y tocó el timbre, á cuyo sonido apareció su ayuda de cámara.

—¿Qué desea el señor?

—Ver á la señora.

—Se ha acostado.

—¡Tan pronto! Son las ocho...

MIGUEL PICAS Y CUNILLERA



PLAFÓN DECORATIVO

ALEGÓRICO Á LA VIDA Y MILAGROS DE SAN ISIDRO LABRADOR.

Mención honorífica en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901.

—Ya sabe el señor que está algo indispueta. Persiste la tristeza que de ella se ha apoderado.

—Está bien. Diga á su doncella que, al despertar mañana, le comunique que he mandado cobrar el billete de la lotería.

—Así lo haré. ¿Quiere el señor que se le sirva la cena?

—No; prefiero acostarme sin cenar. Tengo una jaqueca horrible.

Zoilo y Teresa tenían entonces sesenta años, y eran millonarios.

¡Qué diferente es el valor del dinero, según la edad y las condiciones de los que lo poseen!

JULIO VÍCTOR TOMEY

## EL SÁTIRO

Es mi madre la selva misteriosa;  
la virgen selva en que el amor palpita:  
todos sus ruidos fingen melodiosa  
voz de mujer que á la pasión incita.

Hay cantares de amor en el bosque  
y bajo el césped hay nupciales lechos,  
y las liras que penden del ramaje  
vibran con ritmo de invisibles pechos.

La enamorada y tierna enredadera  
sube abrazada al tronco carcomido,  
y sorprende, en la eterna primavera,  
el poema de amor que arrulla el nido.

Deslízase el insecto silencioso,  
persiguiendo en la yerba sus amores,  
y en las alas del viento vagaroso  
va á fecundar el polen á las flores.

Y si hay rayos de sol que la tupida  
techumbre pasen de energía llenos,  
á despertar mil gérmenes de vida  
van de la tierra en los preñados senos.

De las cosas el beso es allí el alma:  
cuando la selva la quietud presente,  
un beso inmenso de misterio y calma  
parece que aletea en el ambiente.

En medio de esa libertad salvaje,  
del amor nada rompe la armonía,  
y yo el sátiro, el hijo del bosque,  
celebro en ella mi perpetua orgía.

Yo sorprendo, en mis fiebres delirantes,  
á las ninfas y venzo sus pudores,  
y me entrego al amor de las bacantes  
sin temor á sus lúbricos furores.

Donde hay un beso que sorber me lanzo  
á su conquista, en alas del deseo;  
á la esquiva beldad rindo y alcanzo,  
y entre el zarzal celebro mi himeneo.

Y así corre mi vida, entre las llamas  
de una pasión sin fin, eterno amante;  
hasta al pasar parece que las ramas,  
hiriéndome, acarician mi semblante.

Y amando seguiré: cuando ya el frío  
y los años coagulen en mi arteria,  
á la par que mi sangre, este ardor mío,  
me infiltraré muriendo en la materia.

Y ya formando con la selva umbría  
un sólo sér mi sér, todo ternura,  
seré otro canto más en esa orgía  
que rima eternamente la natura.

F. BLANES VIALE

## ¿ME HE LUCIDO!

Al que, tras mucho luchar,  
nunca consigue ganar  
lo justo para vivir,  
le debieran prohibir  
en absoluto engordar.

Nada; una ley terminante  
que dijera: «En adelante,  
que nunca aumente de peso  
el que no tenga bastante  
para poder ser más grueso;

pues todo el que va aumentando  
de estatura, ó engordando,  
claro es,—y eso le subleva—  
que necesita ir gastando  
para hacerse ropa nueva.»

¡Cuando, en el año anterior,  
me hizo sentir el calor  
los tormentos del infierno,  
me tuve que hacer un terno  
baratito y con dolor.

Ahora he podido apreciar,  
al tenerle que sacar,  
que en engordar me he excedido,  
ó que el terno se ha encogido  
sin poderlo remediar...

¡Es para volverse loco!  
—¿Por qué se habrá ido el invierno?  
—grito—y si más me sofoco,  
por el terno echo otro terno,  
que no me sirve tampoco.

Los pantalones, no es guasa,  
tienen la cintura escasa  
y se me van á romper...  
¡No hay miedo de que en mi casa  
se los ponga mi mujer!

Pero ella jura y perjura  
que labrarán mi ventura,  
aun cuando me hagan sufrir,  
porque van á conseguir  
meterme más en cintura.

El chaleco, que es de moda,  
ya me ciñe y me incomoda  
y mi desventura labra:  
¡hoy es un *chaleco* en toda  
la extensión de la palabra!

Siempre, al ponérmelo yo,  
le estiré; pero el muy tuno  
nunca su paño alargó,  
aunque en los bolsillos no  
halló obstáculo ninguno.

La americana, lo mismo;  
encerrada en su egoísmo,  
á servir me no se aviene:  
¡es americana y tiene  
razones de patriotismo!

¡Dios mío, esto es un horror!  
¡Y como arrecia el calor,  
otro terno he de encargarme!  
Anda, ¡si llego á pagar  
el del verano anterior!

José RODAO

Orla de J. Passos.

## EL GRAN CAPITÁN GONZALO DE CÓRDOBA

EXTREMADO valor, destreza en las armas, claro entendimiento, ilustrísima cuna, y gallarda presencia», he aquí algunas de las cualidades que adornaban á Gonzalo Fernández de Córdoba, dice un autor, cuando entró á servir á los Reyes Católicos, y que en breve tiempo le habían de conquistar el renombre de *Gran Capitán*.

Apenas terminada la conquista de Granada, en que Gonzalo representó tan gran papel, el Rey de Francia, alegando derechos al reino de Nápoles, mandó á la Calabria 25,000 hombres (1495). Fernando, por consejo de su esposa la Reina Isabel, le salió al encuentro, enviando al Gran Capitán con 6,000 infantes y 600 caballos. Las batallas de Reggio, Muro y Catunia, con la salida de los franceses, y el triunfo de las armas españolas acrecentaron su ya legítima fama, que aumentó á su regreso á Castilla con la victoria que alcanzó sobre los moros de las Alpujarras.

Torna el Rey de Francia á invadir á Nápoles, y vuelve Gonzalo á destruir sus proyectos, no sin antes combatir, y vencer á los turcos, que invadían las islas de los mares de Grecia, pertenecientes á la República Veneciana.

Entre los varios encuentros de aquella segunda campaña merece citarse la batalla de *Cerriola*, en la que quedaron derrotados los franceses, con muerte de su general el Duque de Nemours, sobre cuyos restos vertió el Gran Capitán amargas lágrimas, en justo tributo á su valor. A este triunfo siguió el de la batalla de *Gargellano*, la rendición de Gaeta, y la conquista de todo el reino de Nápoles.

Tan grandes satisfacciones vino á amargarlas las suspicacias y recelos del Rey Católico, quien, sospechando que no pensaba Gonzalo en regresar á España como él le había ordenado, marchó para Italia, encontrándose los dos en el puerto de Génova, cuando el Gran Capitán se había embarcado para Castilla. Por debilidad ó avaricia, *toleró ó mandó*, pues la verdad no se sabe, á los tesoreros que residenciaron á Gonzalo. Entonces el héroe de España y de Italia presentó aquellas cifras que desde entonces se llamaron las *Cuentas del Gran Capitán*, en las que aparecían partidas como éstas:

«Setecientos mil ducados en espías. Doscientos mil en frailes y monjas, para que rueguen á Dios por las victorias de los españoles.

»Palas, picos y azadones, diez millones. Estopa, resina y pez, otros diez.»

Avergonzado el Rey mandó cesar la lectura.

Diffícil era desde entonces que tan gran soldado y tan pobre Rey se entendieran: así que no tardó, una vez en España, en retirarse á su casa de Loja, trasladándose más tarde á Granada, donde falleció en el 2 de Diciembre de 1515. Había nacido en Montilla (Córdoba), en el año 1453.

El cuadro que hoy aparece en *ALBUM SALÓN*, y que presentó en la Exposición de 1884 el distinguido y malogrado artista M. Crespo, y que tan entusiastas elogios le valió, representa el solemne momento de la muerte de Gonzalo de Córdoba rodeado de su esposa, de su hija y de sus deudos.

La noticia causó profunda sensación en España y fuera de ella, ya que meses antes, al solo anuncio de que el Gran Capitán volvía á Italia, corrieron á alistarse bajo sus banderas los mas valientes soldados y los más expertos capitanes.

Adornaron su tumba dos estandartes reales, y más de doscientas banderas ganadas por él en campañas memorables.

El mismo Rey Católico, á pesar del recelo con que le miraba, de haberle negado el prometido maestrazgo de las Ordenes; de haberse opuesto á que Cisneros le llevase por general á la conquista de África; de haberle confinado en Loja, vióse forzado á escribir á la esposa de Gonzalo diciendo, que con su muerte «había perdido un grande y señalado servidor, con cuya ayuda se había acrecentado su corona con el reino de Nápoles.» ¡El odio de Fernando al Gran Capitán, envuelve uno de tantos misterios de la historia!

A la ligera, porque no contamos con el espacio necesario, vamos á consignar algunos rasgos de su vida, que pintan al hombre y al soldado.

Al recibir la *Rosa de Oro* de manos del Papa Alejandro, como le oyera quejarse de los Reyes Católicos le dijo, con gran entereza, que no olvidase que á ellos les debía haberse libertado de los Ursinos.

Cuando en la segunda campaña de Italia hubo de combatir al Rey Federico, á quien antes había servido, se apresuró á devolverle cuantas mercedes recibió de él; rasgo que Federico estimó diciéndole que á poder darle más, más le daría.

Tomados Nápoles y sus castillos, al ver que un grupo de soldados se duele de la mala suerte que han tenido en el botín, les dice, con risueño acento: ¡Id á mi palacio, ponedlo todo á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra mala fortuna.

Los franceses, dice Guicciardini, tantas veces derrotados por él, contemplaban asombrados al Gran Capitán; y el mismo rey Luis XII, cuando su entrevista con Fernando el Católico, le hizo sentar á su mesa, le pidió contra algunas de sus diversas expediciones, y se quitó la rica cadena de oro que llevaba, ciñéndola al cuello de Gonzalo.

Zurita en sus *Anales de Aragón*, le juzga de este modo:  
«No fué inferior á Aristides en Roma, ni á Escipión el Africano, y murió, como ellos, víctima de la ingratitude.»

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



Cuadro de M. CRESPO.

MUERTE DEL GRAN CAPITÁN

Fot. J. Laurent y C.<sup>a</sup>